

IX

A la mañana... ¡cómo lloran dos viejos!

—Se marchó, Paquita; se marchó con los títeres.

—¡Lo ves, Faustino!—Y la anciana solloza...

—¡También tú lloras! ¡También le querías!—dice el hermano con asombro.

Y ella, enjugándose el llanto con el delantal:

—¡Qué había de hacer, hombre, qué había de hacer!...

Y se abrazan como dos ramas secas que cayesen juntas.

—¡Qué viejos somos y qué solos estamos!

Eráse un río... Eráse una vida... Eráse un alma vagabunda, que una noche de Agosto se huyó con sus hermanas...

MARGARITA EN LA RUECA

I

—Tiene razón Juan Pedro—pensaba, casi en alta voz, Engracia, mientras enredaba los palillos del encaje—, tiene razón: esto no puede seguir así; hay que resolverse.

¡Resolverse! El castañeteo de los palillos simulaba una risa macabra, y Engracia dejaba correr á compás de las manos los pensamientos, hartos más complicados que la red de entretrejidas hebras. ¡Valiente maraña le tenía enredada en el cerebro aquella pícara oposición entre amor y deber! Ya lo creo que su Juan Pedro de su alma tenía razón. Tres años crecidos de talle, son noviazgo de sobra en toda tierra de garbanzos. La iglesia les estaba llamando á voces. Y lo que es el corazón tampoco callaba..., ¡tampoco! Casi podían oirse sus latidos en la mansa quietud del portal, envuelto en la semi-luz de las horas de siesta.

Hinchábase, á impulso de tal cual perezo-

sa ráfaga de viento, el terliz rojo y blanco que cerraba la puerta, y al alzarse, dejando al descubierto el diáfano, se desparramaba por el suelo empedrado el resol de la calle, cuyas cálidas lenguas trababan pelea con la fresca penumbra del portal. Entraban con aleteo precipitado, como nadando en las intermitentes oleadas de luz, enjambres de moscas, y emprendían aire arriba y abajo, no se sabe si embriagadas por el sol de fuera ó desconcertadas por la sombra de dentro, revoloteos atolondrados, giros y revueltas sin orden ni medida. Mirábalas Engracia subir y bajar, y le parecían obreras como ella, atareadas en el trenzado de un encaje sutil, tramado por hilos ideales; bajaban las más lentamente y á plomo, como si retorciesen hebras invisibles; volaban las otras entrecruzándose, como formando mallas: de vez en cuando una aproximación brusca, un aleteo inesperado, daban la sensación del hilo que se rompe ó el nudo que se ata.

—Obreritas negras—pensaba Engracia—, acaso estáis tramando mis pensamientos; ¡si pudiéseris dejar en la trama algún hueco por donde pasase mi felicidad!

Y los palillos, sin duda divertidos con las ideas de su dueña, hacían oír de nuevo la risa burlona de su castañeteo.

—¡Ay, Señor mío!—proseguía cavilando Engracia—. ¿Quién había de pensar que hasta en el quererse como Dios manda hubiese tantas dificultades?

Y como respuesta á sus cavilaciones, el eco interior, fiel como nunca, le repetía las mismas palabras que Juan Pedro empleara la noche antes para combatir sus escrúpulos.

—¡Dificultades! Las que tú inventas para martinizarte. ¿No sabes que te quiero? ¿No me quieres tú á mí?

—Pero ¿y mi hermana?

—Que se venga á vivir con nosotros; en el cortijo hay sitio para veinte.

—¿No sabes que está enferma la pobre?

—El aire de la sierra es sano. Vive á la sombra de estas cuatro paredes..., mejor vivirá en el campo, á la sombra del cielo.

—No sabes el cariño que le tiene á esta casa. ¡Como nunca ha podido salir de ella! Dice que si la sacan de aquí se muere.

—No se perdía mucho.

—¡Juan Pedro!

—¿Sabes lo que te digo? Que lo que tiene tu hermana es envidia.

—No digas eso.

—Envidia de ti, porque estás sana y pareces un ramo de flores; porque tienes un hombre que te quiere; porque puedes casarte mañana

si se te antoja... Envidia pura... ¡Si no hay jorobada que sea buena! De seguro que te está diciendo á todas horas que no puede pasarse sin ti.

—¿Te duele que me quiera?

—Me duele que seas terca. Ya ves: allá arriba, el cortijo está sin ama, y eso no puede ser. Todos, personas y animales, estamos piando por una mano que nos parta el pan... Tres años llevamos de esperarte. ¿Quieres venir, sí ó no? Mira que si vienes, por encima de ti no estará mas que Dios, porque más arriba del cortijo no hay mas que el cielo; conque, piénsalo bien, que yo hasta mañana aguardo.

—Mañana es hoy—pensaba la encajera. Y en alas de imaginación iba subiendo monte arriba, camino del cortijo, que la llamaba por dueña y señora. Veía verdear los viñedos que cubrían la loma, y asomar la uva entre hojas y pámpanos, como haciéndole gestos amistosos: veía ondular la mies, chocando las espigas con murmullo discreto, como si unas á otras se contasen al oído secretos de la dicha del ama. Del ama... ¡de ella! ¡Qué hermoso sería, apoyada al caer de la tarde en el quicio de aquel portalón, ver cómo por las veredas van volviendo las yuntas; oír el canto perezoso de aquellos hombres que se acercan con pau-

sa; mirar sus siluetas destacándose en el horizonte, sobre la franja de oro que tendió en los aires el sol poniente; reconocer entre ellas la del amado, la del esposo, la del amo, que viene más de prisa que los otros, vencido el cansancio de la faena por el ansia del amor!...

—¡Engracia, Engracia!—gritó una voz chillona dentro de la casa.

Con movimiento rápido abandonó su labor la encajera para acudir adonde la llamaban; pero el movimiento no interrumpió el sueño, y al entrar en la habitación de su hermana, aún danzaba en la risa de sus labios la visión de la imaginada felicidad.

—¿Qué quieres, Manolita?—preguntó blandamente.

—¿Dónde estabas metida?—refunfuñó la jorobada. Bien pronto su mirar penetrante atisbó el paso de la emoción en el rostro de Engracia—. ¿Qué hacías?—volvió á preguntar, acentuando el desabrimiento.

—Estaba trabajando en el portal: creí que dormías y por eso no entraba.

—¡Dormida!—chilló Manolita, agitando rabiosamente la cabeza, única porción libre de su cuerpecillo paralítico—. ¡Dormida! ¿Cuándo duermo yo, ni descanso?

—No te aflijas, mujer—replicó Engracia—. ¿Por qué no me llamaste si estabas despierta?

—Quiero irme acostumbrando á la soledad.

—¿Por qué dices eso?

—Sí, hazte la mosca muerta. ¿Crees que porque estoy clavada en un sillón no me entero de todo? Ya sé que anoche estuvo aquí Juan Pedro; ya sé que te casas, que me dejas sola, á que me muera como un perro.

—¿Quién piensa en dejarte sola? Te vendrás con nosotros al cortijo.

—¡Al cortijo..., yo al cortijo..., nunca!

—Allí podré cuidarte mejor.

—Con la limosna que me dé Juan Pedro... Gracias: prefiero morirme de hambre en mi casa.

—Ya ves tú: ¿qué será de nosotras, dos mujeres solas, sin amparo de nadie, con lo mal que se paga el trabajo? Allí tendremos el pan seguro.

—Tú, sí; pero ¿y yo?

—¡Manolita!

—Sí, yo. Ahora Juan Pedro, como quiere casarse, todo lo pone muy bonito. Me llevaréis allí, que será matarme, por supuesto; me tendréis cuatro días; después vendrán las obligaciones; ése es muy marrajo y muy apañadito; le dolerá el pan que se coma la pobre impedida, y al asilo con ella, si no se muere pronto.

La jorobada, al terminar su peroración, rom-

pió en llanto desesperado. Engracia no sabía qué hacer para consolarla.

—Calla, mujer, calla... ¿No sabes que te quiero mucho?

—¿No podéis esperar cuatro días, hasta que yo acabe?... ¡Para lo que he de estar en el mundo! Anda, vete al cortijo, cástate, déjame sola, sola, que no faltará quien me cuide: al asilo me iré antes de que me echéis vosotros.

La crisis nerviosa de Manolita llevaba trazas de no terminar. Quejas é improperios se atropellaban en tal abundancia, que parecían brotar, no sólo de los labios, sino de todo el rostro, de los ojos airados, de la frente ceñuda. Engracia se arrodilló á sus pies y se abrazó á su cintura.

—Se hará lo que tú quieras, como tú quieras. Sí: las dos solas, solitas—replicó la encajera, derribando el palacio de sus dichas con heroico esfuerzo—. Lo que sea de una será de la otra.

Manolita, una vez arrancada la promesa, se tranquilizó como por encanto.

A la noche la luna se escondía entre las nubes por no alumbrar la reja donde se consumaba el sacrificio.

—Si quieres esperarme, ya lo sabes—decía tristemente Engracia.

—Ya sabes tú que no puede ser.

—Entonces...

—Tú lo has querido. Adiós.

Y el mozo se marchó camino del cortijo para no volver.

Pasó el verano: vino el otoño á desnudar la tierra, llevándose las hojas, á vestir el cielo con imperiales pompas de fuego y de topacio en la hora solemne de las puestas de sol; llegó después Noviembre, el que llora á los que fueron, y Diciembre, el que finge con sus lumbradas de Navidad los fuegos del sol que se ha huído, y Enero, el de las noches claras y frías como de nácar..., y después de los hielos y de los vendavales, asomaron allá por Abril, aún vestidas de luto, las violetas, y cuando en Mayo se abrieron las rosas, oyó Engracia una noche estallar en el monte, junto al cortijo, la risotada de un ciento de cohetes, y vió cómo caían, desgranándose, lágrimas rutilantes, unas de oro, rojas otras y azules.

—Hay fiesta en el cortijo—murmuró muy quedo.

—Sí—dijo triunfalmente Manolita—: Juan Pedro que se casa. Ya ves lo que les dura el querer á los hombres.

Nada respondió Engracia; no lloró tampoco: ya lloraban por ella, perdiéndose en las sombras de la noche, las lágrimas multicolores de los cohetes.

II

La existencia de las dos hermanas iba marchando año tras año, con el pausado compás de las vidas tristes, que parecen eternas, como detenidas después de haber pasado la crisis aguda del dolor en un instante de tedio. Intentaban sacudir la calma los latigazos del mal humor de Manolita, que, como siempre, se dolía con ásperas quejas del rigor de la suerte; pero sus furores amargos y envidiosos se desvanecían sin dejar huella en la serena resignación de Engracia. Siempre silenciosa, la encajera movía los palillos y trenzaba las hebras como absorta en los goces de una infalible esperanza. La aguda malicia de la parálitica penetró la existencia de aquel reino interior; pero no acertó á definir su naturaleza. ¿Recuerdos? Amargos eran cuantos cabían en la mente de su hermana: orfandad, pobreza, trabajo, amor perdido... ¿Nuevos amores? Bien sabía

que no, puesto que Engracia, á quien no faltaron pretendientes, había rechazado toda galante proposición. ¿Esperanzas? La juventud huía á toda prisa: ¿qué había de esperar la obrera? Y sin embargo, no podía engañarse: Engracia estaba satisfecha de la vida; en ocasiones hasta parecía feliz: muchas noches de invierno, inclinada sobre la mesa, picando y delineando sus dibujos de encaje, sonreía, se le arbolaba el rostro, respiraba con apresuramiento y hasta llegaba á suspirar. «Tiene el corazón lleno—decía Manolita—; pero ¿con qué?»

—¿Qué piensas; qué haces?—preguntábele á quemarropa, interrumpiendo con su áspero chillido muchos de aquellos silenciosos arrobamientos.

—Nada—respondía invariablemente la obrera—; ya lo ves, trabajar.

—¿Por qué estás contenta?—decíale otras veces.

—No lo sé.

—¿No dices que todo está muy caro, que te pagan mal el trabajo, que apenas podemos vivir? ¿Cómo consigues estar tranquila?

Engracia sonreía por toda respuesta.

—No te comprendo. Mientras yo me consumo cavilando en qué será de nosotras...

—¡Dios dirá! No te apures, mujer.

Traída por el silencio, volvía la calma, y el enigma seguía sin resolver.

Era, sin embargo, harto sencillo y natural. La resignación casi feliz de Engracia estaba sostenida en dos firmes soportes: una aspiración fija, y una realidad, la más embriagante de las realidades: el arte. Engracia era artista sin saberlo; pero sintiendo todos los amargos é inefables goces de la producción; sus dedos, que comenzó á mover la necesidad del pan cotidiano, habían llegado á agitarse á impulsos de verdadera inspiración. No eran sus tramas de vulgar encaje, no perfilaban sus hebras al retorcerse líneas y formas imaginadas por otros, sino ideas concebidas por ella, formas soñadas en sus arrobamientos, en las horas tristes de sus días tediosos y de sus noches solitarias. Había nacido su arte de su pena, y, como hijo de dolor, era grande y bello: en él estaba la realidad consoladora de su vida; el ideal estaba más allá, fuertemente basado en cimientos de resolución, pero confinado por azares de vida á lejanías umbrosas y esfumadas. Para tiempos remotos, para cuando ella fuera libre, había la obrera artista elegido esposo. Pues qué, ¿iban á quedarse sin objeto aquellas ocultas ternuras de su corazón? Y no quería, escarmentada por su única prueba de amores humanos, tener amante

para quien el tiempo de espera fuera largo, ni á quien desanimasen las demoras: el esposo elegido sería constante por eterno; como que era nada menos que el celestial Esposo de las vírgenes, el Cordero sin mancha, Cristo Jesús. Allá en las honduras del corazón le tenía escogido desde el mismo momento en que el desengaño arrancó de él las ilusiones, casi desde la misma noche en que Juan Pedro se marchó al cortijo para no volver. Sí; cuando Manolita ya no necesitase sus cuidados, en tiempo no fijado—porque ¿cómo iba á desear la muerte de su hermana?—, sería ella monja. Ya tenía elegido hasta el convento: aquél que había en Lugar del Valle, antiguo como el amor de Dios, según pensaba ella; aquel donde las religiosas sellaban el pecho, por encima del blanco escapulario, con cruz de brazos rojos.

Tales eran los dos secretos que acariciaba el corazón de Engracia, y que traían á sus labios sonrisas de gozo. Secretos, el de su arte ignorado hasta por ella misma, que gustaba el placer sin alcanzar la causa; el de su amor recatado con esmero infinito y pudoroso, saboreado en el rincón más oculto del alma, destilando mieles recónditas, que á nadie quiso la enamorada descubrir. ¿No parecía pecado de presunción andar pregonando sus amores y cla-

rineando la noticia de sus nupcias futuras con el Rey de los cielos? Ni aun al confesor le habló del proyecto: estaba tan lejos el realizarlo...

Dos veces al año se concedía la encajera un día de placer. Desoyendo los lamentos de Manolita, que ponía el grito en el cielo siempre que de quedarse sola se trataba, emprendía Engracia piadosa peregrinación á Lugar del Valle, con motivo de las fiestas que celebraban las monjitas en honor de los Santos Fundadores. Era el convento glorioso ejemplar de arquitectura gótica; tendíanse en las naves de la iglesia los nervios airosos, como tallos de palma; subían las columnas como buscando el cielo; amontonábanse las carnosidades de la hojarasca en capiteles y recuadros; ya desde fuera, la archivolta ojival—puerta del cielo—cuajada de hojas, poblada de santos, parecía pregonar las beatitudes del interior. Y bienaventurada se juzgaba Engracia cuando pasado el dintel resonaban sus pasos en las losas del piso, y tornasolaban su frente, como sacándole al rostro la policromía de los pensamientos, los rayos de sol disfrazados de azul y de rojo, que caían desde lo alto del ventanal. Allí, de rodillas, pegadita á la verja del coro, gozaba la plenitud de sus esperanzas y sus realidades; porque es de saber que la en-

cajera, con sutileza de que sólo es capaz el sentir femenino, había entrelazado y confundido realidad y esperanza, arte y amor en un solo ideal. ¿No había de ser ella la esposa del Señor? Pues sólo para la casa del Señor quería trabajar; y, en efecto, todos los primores de sus manos destinábalos á ornamentos de iglesia. Dolíale venderlos; pero ¿qué remedio, si habían de vivir? El caso es que su obra se encrespaba en olas de espuma cerca del santuario, se rizaba como mar de nieve al pie del altar. Y de vez en cuando llegaba al convento de Lugar del Valle un donativo anónimo, un encaje de maravillosa trama, que hacían bendecir á las religiosas la piedad suntuosa de alguna desconocida princesa.

Bajo la bóveda apuntada, á la luz de su irisada cristalería, al amor de su Dios, encendíanse en la mente de Engracia sus más jugosas inspiraciones de arte; de las líneas magníficas de aquella arquitectura radiante, del erguirse de las columnas, del espaciarse de los nervios, del retorcerse de las hojas cual prisioneras vivas en la piedra, del subir á lo alto de las altas agujas, formábanse en su espíritu sueños de forma y poemas de línea, que sus manos, tejedoras de ideas, prendían en la red de sus encajes. Así, traduciendo bellezas del sublime lenguaje del imaginar al lenguaje

santo del hacer, pasaban, los días de sus años, poniéndole en los ojos—porque el arte no sabe reír con los labios—la sonrisa entre febril y melancólica de la inspiración.

Y un día, mirándose al espejo para gozar en la imagen de sus ojos las huellas de su ideal calentura, vió que su frente, sagrario del pensamiento, envidiosa, sin duda, de los sagra-rios que ella acicalaba, se había coronado también con alburas de encaje: la nieve de los años le ceñía la frente.

—¡Vieja..., ya eres vieja!—murmuró el pensamiento con tristeza; pero el amor interrumpió con júbilo: —¿Qué importa? El Esposo me espera... ¡y me ama!

III

- ¿Manolita dices?
- Sí, mujer: allí viene el entierro.
- Buenos mozos la llevan.
- Son los cuatro hijos de Juan Pedro el del cortijo. Ha hecho esa caridad á las pobres viejas, acordándose de tiempos pasados.
- Verdad que fué novio de la hermana... Ya van días de entonces acá.
- Figúrate. Como que el chico más pequeño entra este año en quinta.
- ¡Pobre Engracia!
- Pues no creas: para ella será un descanso, porque te aseguro que la tal Manolita era de oro. Rabiando ha vivido y lo mismo se ha muerto: yo creo que de envidia por dejar en el mundo á su hermana.
- Así charlaban dos comadres del barrio, viendo pasar en su último viaje á la irascible paralítica, llevada en hombros de cuatro fornidos mocetones.

Engracia lloró á la hermana que fué torcedor de su vida, con dolor tan resignado, pero tan sincero, como aquel con que había llorado en otro tiempo sus muertas ilusiones.

Pasado el novenario, tomó una mañana el camino de Lugar del Valle. Estaba amaneciendo cuando salió de casa. Bajo el cielo lechoso parecía la luna irse arrastrando con fatiga, pronta á finalizar su carrera nocturna: apuntaba en oriente la claridad acarminada del alba; el río dejaba deslizar sus aguas entre la mies, sin hacer ruido, como tomando aliento en la llanura para despeñarse más lejos, cañón abajo, con alarde soberbio de bullicio y espumas; el tomillo real alzaba de sus ramas en flor oleadas de saludable aroma; iniciaban los pájaros sus cantos matinales con trinos sueltos y distanciados.

Engracia caminaba de prisa, rejuvenecidos cuerpo y corazón por aquel fresco abrazo con que la saludaba la Naturaleza. Su traje de luto parecía un borron en la campiña luminosa; pero en su rostro, más luminoso que la campiña misma, cubría los estragos de la edad y borraba las huellas del dolor el irradiar de su esperanza, trocada de mansa en palpitante por la proximidad de la realización. Saltaba el corazón de la encajera á impulsos de la impaciencia que se enseñoera de todo el que ha

esperado mucho en las postrimerías del esperar, y cuando, en la hondonada de Lugar del Valle aparecieron, perfilándose airosas sobre el azul del cielo, las agujas de la gótica iglesia, tuvo que detenerse un momento para no caer derribada al golpetazo de la emoción. ¡Al abrigo de aquellas torres moraba el Amado! Tintineaba el esquilón, llamando á misa con su voz aguda, y Engracia penetró en el templo.

—¿Podré hablar con la Madre Superiora?— preguntó al meliflúo demandadero. Guiada por él, atravesó un jardín cuajado de rosas; cruzó después un resonante claustro con paso temeroso, sintiéndose indigna de ser cobijada por la sombra de la bóveda. El paso resuelto del demandadero le parecía escándalo. ¿Era posible andar con tal desenvoltura en tan sagrado lugar? Llegó al locutorio.

—Haga la caridad de esperar un momento, hermanita—dijo el hombre alejándose—: voy á pasar aviso.

Ya sola, culebreáronle cuerpo arriba y abajo calenturientos escalofríos. Era el locutorio amplia estancia de paredes muy blancas y elevada techumbre. Abriáanse en lo alto del muro hasta seis ventanas ojivales, celadas por el tupido ramaje de pasionarias y madreselvas, que, trepando desde el jardín, venían á vestir con marañas pomposas los hierros de las rejas.

Pasaba á través de ellas la luz, despojándose de sus tonos calientes y esparciendo en la estancia claridad incierta. Las sombras del ramaje se movían con pausa sobre las baldosas del pavimento.

¿Era posible que hubiese llegado aquel día? El fresco y la penumbra del locutorio calmaron poco á poco la agitación de Engracia. La reja, erizada de pinchos como inmenso cilicio tendido en la uniformidad del muro, le narraba los místicos deliquios de la penitencia; el crucifijo colgado muy alto, bajo negro dosel, sonreía como dándole la bienvenida.

—¡Al fin!—parecían decir los labios exangües de la imagen.

—¡Al fin, Señor, al fin!—repetía Engracia transportada de gozo.

—¡Ave María Purísima!—runroneó una voz gangosa. Detrás de la reja se vislumbraron las blancuras de un hábito—. ¿Qué desea, hermana?

Engracia se acercó, y envolviéndola en largos circunloquios, como para mermarle audacia, balbució su pretensión. La monja cabeceaba discretamente, y con visible perplejidad buscaba en su léxico meliflúo palabras apropiadas para dirigir á la visitante una pregunta ardua. Engracia notó la vacilación de la religiosa.

—¿Es que hay alguna dificultad?—interrogó temblando.

—No; es que... no se apure, hermana...
¿Quiere decirme cuántos años tiene?

—Ya lo creo; cuarenta y cinco cumpliré por Pascua.

La monja sonrió.

—Es lo que yo pensaba. No puede ser lo que usted desea; nuestra regla no admite novicias pasados los cuarenta.

—Entonces...

Engracia, sin poder pronunciar una palabra más, se desplomó en el suelo. La monja, asustadísima, huyó dando gritos. Un pájaro del huerto se había posado entre el ramaje de una ventana y se desgañitaba á cantar, como si pregonase la soberana indiferencia de la Naturaleza ante el dolor humano. Llegó un rayo de sol, que acentuó las sombras, y un asomo de viento las hizo moverse, paseándolas por el rostro de la desfallecida, como velo de encaje, más sutil que ninguno de los que ella labró. La imagen de Cristo seguía sonriendo, y en el cerebro, trastornado por el delirio, de la pobre mujer, martilleaba con tenacidad de pesadilla el eco sordo de una sola frase, que acaso ya nunca llegase á ser expresión de idea consciente:

—¡Tampoco Tú, Señor!...

LA MONJA MAESTRA